

## LA CONSTITUCIÓN DE LA MATERIA DE LOS IMPERATIVOS PRUDENCIALES

Inés Calderón  
*Universidad de La Sabana*

La filosofía moral realista que propone Antonio Millán-Puelles es una fundamentación metafísica al servicio de la ética de la libre afirmación de nuestro ser, en la que advierte que la libertad que poseemos, auténtica y efectiva libertad, es también una dimensión de la naturaleza que nos ha sido dada, cuyo valor no se mide por el uso meramente *subjetivo*, sino de una manera *objetiva*, por su adecuación a unas exigencias que dimanen de nuestro ser natural, como *deberes* que apelan a una libertad originariamente reflexiva y que remiten necesariamente al Autor de esa misma naturaleza libre.

El núcleo de su filosofía moral consiste en la posibilidad de asumir nuestro ser tal cual es, respetando las exigencias objetivas de una naturaleza que requiere y apela a la libertad. Se trata de una ética realista que tiene, entre sus funciones imprescindibles, el esclarecimiento de los imperativos categóricos de la conducta humana tanto en su forma como en la constitución de su materia. El aporte más importante de Millán para el estudio de los imperativos morales es la distinción entre la forma y el contenido o materia de los mismos, que le llevó a plantear como tesis que, para la persona humana, el deber es absoluto por su forma y relativo por su materia o contenido<sup>1</sup>.

A primera vista parece incompatible que hable de relatividad en el imperativo moral, cuando ha demostrado que el deber (entendido moralmente) es absoluto en sentido estricto y que tiene como último fundamento metafísico la Persona absoluta que es Dios. Millán sale al paso del posible escándalo que pueda producir tal afirmación, apoyándose en Aristóteles y en los comentarios de Santo Tomás, que aceptan que nada hay más incierto que la materia moral, entendiendo como incierto algo inseguro, no algo falso y, que se refiere a la materia y no a la forma. Para Millán, el contenido del deber, de lo

---

1 A. MILLÁN-PUELLES, *Ética y Realismo*, Madrid, Rialp, 1996.

que en cada caso es deber, es relativo en primer lugar al ser específico del hombre y, en segundo lugar, al ser individual del hombre mismo, a las circunstancias concretas de los distintos hombres, y en cada hombre, a las circunstancias concretas de la situación en que se encuentre<sup>2</sup>.

Además, conviene advertir que no es posible confundir esta relatividad del contenido del deber con el relativismo moral, puesto que lo que varía en cada caso no es el *deber*, sino lo *debido*, no la exigencia moral de hacerlo, sino “eso” que moralmente está exigido, permaneciendo la exigencia como absoluta. Por ejemplo, el precepto que manda honrar a padre y madre, es una norma válida para toda persona humana, sin embargo, cada una debe cumplirla según unas circunstancias concretas. No es lo mismo lo que debe hacer una persona que tiene a sus padres enfermos o necesitados de apoyo económico, que aquella cuyos padres son jóvenes y solventes. En los dos casos, la obligación es la misma pero cada uno la debe cumplir según las circunstancias concretas en las que se encuentra.

De otra parte, aunque en una filosofía moral realista es necesario considerar, como lo hemos visto en el ejemplo anterior, que las circunstancias juegan un papel importante en la definición del contenido del imperativo moral, éstas no son la única fuente configuradora del mismo ya que la concreción de lo que se debe hacer depende de las circunstancias, pero también depende de la sustancia. Los actos morales —dice Santo Tomás— se especifican por su sustancia y por su circunstancia, por lo que en sí mismos son y por las circunstancias respectivas<sup>3</sup>, y la rectitud moral depende de la concordancia de nuestros actos humanos con nuestro ser natural como fundamento objetivo-normativo de nuestros actos libres.

### 1. La constitución de la materia de los imperativos prudenciales

Millán entiende como equivalentes los términos materia o contenido del precepto moral, es decir, lo que en concreto se manda o se prohíbe, por lo que se diferencian unos de otros e incorporan distintos niveles de relatividad: no en cuanto la materia del imperativo sino en la relatividad de esa materia, aunque por su forma sigan siendo semejantes, esto es: categóricos, absolutos, no condicionados o hipotéticos.

Los imperativos de la ley natural como leyes éticas son abstractos, universales y establecen principios absolutos que deben ser practicados en situa-

---

<sup>2</sup> *Ibid*, p. 72.

<sup>3</sup> Cfr. *Ibid*, p. 75.

ciones enteramente singulares, concretas, afectadas por circunstancias personales y situacionales. Como normas universales, los preceptos de la ley natural no son realizables, como no lo es cualquier otro tipo de norma, por lo que es necesario que la razón práctica los aplique a las circunstancias particulares y concretas<sup>4</sup>. Los imperativos que resultan en este contexto, los denomina Millán *imperativos prudenciales*, porque para él, están estrechamente relacionados con la virtud de la prudencia. La conveniencia de llamarlos prudenciales y no meramente imperativos éticos concretos es la de recoger el nexo, esencialmente constitutivo, del sentido moral de la prudencia —entendida desde la perspectiva clásica— entre las leyes éticas universales y los dictámenes éticos plenamente concretos o singulares<sup>5</sup>.

El problema que se puede plantear es el de un posible círculo vicioso, puesto que si la prudencia es una virtud dianoética, que presupone las virtudes morales, el imperativo prudencial sería imposible para quien no haya alcanzado las virtudes, y si es cierto que las virtudes se consiguen con la repetición de actos, resultan imposibles los imperativos éticos concretos, a la vez que la conducta ética *in singulari*, porque los actos supondrían las virtudes y las virtudes supondrían los actos.

Santo Tomás, quien se planteó el problema, distinguió dos modos de considerar los actos virtuosos. Uno, con base en el contenido de dichos actos y otro en el modo de hacerlos<sup>6</sup>. Aplicando esta distinción a los actos que llamamos prudentes, podemos decir que se pueden calificar de acuerdo a lo que en ellos se hace —de los que resulta la virtud— o de acuerdo con el modo (pronto y deleitable) de hacerlos —lo que resulta de la virtud—, porque los actos que preceden a la virtud son virtuosos en cuanto a lo que se opera, o sea en tanto que el hombre realiza acciones fuertes y justas, más no en cuanto al modo de actuar puesto que aún no ha adquirido el hábito por el cual el virtuoso actúa pronta y deleitablemente. De lo que se infiere que es posible hablar de imperativos prudenciales en las dos acepciones, siendo sólo una de ellas la que requiere la prontitud y deleite que lleva consigo la práctica de la

4 Para conocer el pensamiento de Millán acerca de la irrealidad de las normas, cfr. A. MILLÁN-PUELLES, *Teoría del objeto puro*, Madrid, Rialp, 1990.

5 A. MILLÁN-PUELLES, *La libre afirmación de nuestro ser*, Madrid, Rialp, 1994, p. 829-830.

6 TOMAS DE AQUINO, *De virtutibus in communi*, q. única, a. 9. “La virtud es engendrada por actos en cierto modo virtuosos y en cierto modo no virtuosos. Porque los actos que preceden a la virtud son, en verdad, virtuosos en cuanto a lo que se opera, o sea, en tanto que el hombre realiza acciones fuertes y justas; mas no en cuanto al modo de actuar: pues antes de adquirir el hábito de la virtud el hombre no lleva a cabo las obras de la virtud según el modo en el que el virtuoso actúa, a saber, prontamente, sin vacilación y deleitablemente, sin dificultad”.

virtud y que en las dos acepciones el imperativo prudencial es el que determina de una manera inmediata la realización de un comportamiento moralmente positivo en la plenitud de su concreción<sup>7</sup>.

El enlace esencial para la prudencia, de la universalidad de los principios morales y la singularidad de cada caso concreto al que ha de adaptarse para que puedan ser aplicados a la acción y no simplemente conocidos, queda manifiesta en la cita que Millán hace de Palacios cuando afirma que “La concepción moral de la prudencia, que descansa sobre una filosofía verdadera de la vida y del hombre, salva cuanto hay que salvar de permanencia y de universalidad en los principios de la acción humana, haciendo compatibles el ser fijo e inmutable de la ley moral y la índole contingente y temporal de nuestra vida”<sup>8</sup>. Y, más adelante, en una nueva cita de Palacios, “En cada momento debo hacer esto y no lo otro. Lo que la ley obliga desde las alturas de la *sindéresis*, pero adaptado aquí y ahora, acoplado a mis intransferibles circunstancias. Y para saber con seguridad lo que debo hacer en cada momento necesito que me ilustre sobre el caso, una fuerza o virtud intelectual nueva, distinta de la *sindéresis* y de la ciencia moral. Esta virtud que ajusta y amolda la ley moral universal a todos los casos que pueden presentarse, es lo que llamamos la prudencia”<sup>9</sup>.

De esta forma así como la ley universal exige como condición de posibilidad para su ejecución el ejercicio de la prudencia, ésta exige los principios universales que son los que podrá aplicar al caso particular. Más concretamente la prudencia pide y exige los principios universales de la *sindéresis* y las conclusiones más obvias y fáciles que se coligen de estos principios, lo que se da ya, de un modo pre-reflexivo y suficiente en el agente moral.

## 2. Niveles de relatividad del imperativo moral

En primer lugar, el contenido del deber, de todo deber es relativo al ser específico del hombre en tanto que hombre puesto que la moralidad se refiere al comportamiento del ser humano en sus actuaciones libres, no meramente instintivas. Según Millán, “El deber del hombre en tanto que hombre, es relativo a la índole del hombre, en tanto que hombre, al carácter humano de ese ser que llamamos hombre, o sea, al hecho de ser éste un animal racional”<sup>10</sup>.

7 Cfr. A. MILLÁN-PUELLES, *Ibidem*, p. 517.

8 L. E. PALACIOS, *La prudencia política*, 4ª.ed., Gredos, Madrid, 1978, p. 10, citado por A. MILLÁN-PUELLES, *ob.cit.*, p. 519.

9 *Ibid.*, p. 520.

10 A. MILLÁN-PUELLES, *Ética y Realismo*, p. 75.

Como quedó dicho arriba, se trata de *deberes* que apelan a una libertad originariamente reflexiva, que el hombre puede o no asumir como afirmación del ser que es, pero que no puede cambiar, por pertenecer a la naturaleza que le fue dada.

En segundo lugar, la materia del imperativo prudencial, aunque tenga el carácter de fundamento inmediato no tiene el de fundamento general, sino que es relativo a la situación del agente moral, por lo que “la constitución de la materia del imperativo prudencial viene determinada en cada caso, *de una manera inmediata*, por la respectiva *situación del agente moral*”<sup>11</sup>.

En una aproximación a lo que entiende Millán por *situación moral relevante*, conviene afirmar que esta se refiere no a cualquier situación en la que se encuentre el agente, sino a todas aquellas circunstancias que en el sujeto, a la hora de llevar a cabo una acción, tengan relevancia moral. Son pues las circunstancias las que afectan al sujeto en cuanto agente moral. Dicho de otra manera, cada yo humano se encuentra, por la naturaleza individual que sustancialmente le es propia, en una situación distinta de la de todos los otros, y *en ella y desde ella* se comporta como efectivo autor de una conducta moralmente calificable<sup>12</sup>.

Para reconocer los demás componentes o factores que configuran la situación del agente moral, es necesario volver a la experiencia y ver en ella las circunstancias atendidas al decidir *in concreto* el contenido de los imperativos prudenciales. Tales circunstancias —entendidas como factores externos a la sustancia del acto, pero que en alguna forma lo toca o alcanza— son las que enlazadas en cada caso a un agente moral determinado individualmente, configuran la situación en la que éste dicta el imperativo ético concreto. Estas circunstancias podrían conocerse a la luz de la enumeración que ya hiciera Cicerón<sup>13</sup>: *quis*<sup>14</sup>, *quid*, *ubi*, *quibus auxiliis*, *cur*, *quomodo*, *quando*.

Aunque suele ser frecuente tomar como sinónimos los términos “circunstancia” y “situación”, Millán advierte la diferencia con que los usa en el con-

11 A. MILLÁN-PUELLES, *La libre afirmación de nuestro ser*, p. 532.

12 *Ibid.*, pp. 533-534. Esta aclaración es de gran importancia, pues con frecuencia se omite la naturaleza individual del propio agente moral, para determinar las circunstancias.

13 *De invent.*, lib. 1 cap. XXVI, 38. Realmente, Cicerón enumera sólo cinco: *locus*, *tempos*, *occasio*, *modus*, *facultas*.

14 Aunque el mismo agente moral, considerado según la naturaleza que le es propia, no puede ser ninguna de esas circunstancias que articuladas con él configuran la situación en la que el imperativo ético concreto es dictado, cabe llamarlo circunstancia en relación con el acto moralmente calificable, en tanto que ese acto es el asunto primordialmente atendido. Cfr. ARISTÓTELES, *Eth. Nic.*, III, 1, 1111 a 2-6 y TOMÁS DE AQUINO, *In Ethic.*, n. 415.

texto de la ética filosófica como “situación *del agente moral*” y “circunstancia *del acto moralmente calificable*”, y advierte que es el conjunto de todas esas circunstancias y no una sola de ellas, lo que es propiamente idéntico a la situación del agente moral. De forma que “la materia propia de los imperativos prudenciales es *enteramente* relativa a la situación del agente moral de cada uno de ellos, y sólo *parcialmente* relativa a cada una de las circunstancias integradas en esa situación”<sup>15</sup>. Por lo cual, para la calificación del acto moral, se debe tener en cuenta todas las circunstancias morales, y especialmente la circunstancia *cur*, ya que ella expresa el fin del agente, el acto interno de la voluntad<sup>16</sup>.

Tres observaciones hace Millán-Puelles para completar su análisis de la *situación* y su intervención en la constitución de la materia del imperativo prudencial: por una parte subraya que las circunstancias a las que se refiere no son las que podríamos llamar físicas, sino las moralmente relevantes; en segundo lugar, que la determinación de dicha materia deja un margen de libertad, para que entre los varios actos que permiten cumplir bien la obligación concreta, el agente moral elija uno; y por último señala que la concreción de la materia del imperativo prudencial es siempre completa en su aspecto ético, pero no lo es de manera necesaria en su aspecto físico. Por ejemplo, debo ayudar a una persona necesitada, pero lo puedo hacer dándole dinero, bienes en especie, procurándole un trabajo, etc..

Según Millán, la materia de los imperativos prudenciales puede oponerse entre sí, si las situaciones a las que deba aplicarse son opuestas entre sí, a pesar de lo cual la norma universal permanece inmutable en su valor absoluto. El hecho de encontrarme ahora en la situación *x* y no en la *y* en la que me encontraba antes, no introduce ninguna clase de modificación en los imperativos éticos universales. Precisamente porque las normas no varían, es necesario que sean los imperativos éticos prudenciales los que varían, en función de las diversas situaciones en las que me encuentre como agente moral.

### 3. Función propia de las virtudes morales

Preguntarse por la intervención de las virtudes morales en el contexto de la ética que presentamos, no es otra cosa que plantear si estas virtudes intervienen necesariamente en la configuración de la materia de los imperativos

15 A. MILLÁN-PUELLES, *La libre afirmación de nuestro ser*, p. 536.

16 Para la importancia de los actos internos en la calificación de la acción moral, cfr. J. DE FINANCE, *Ética General*, Gredos, Madrid, pp. 225-226.

prudenciales, y cuál sea concretamente el modo en que esa intervención tiene lugar, en el caso en que resulte necesaria para la elección de nuestros deberes particulares.

Según Millán-Puelles, tres son las posibles formas de tener nuestro propio ser: la primera es la forma estrictamente natural que compartimos con todos los demás seres incluyendo los que no son libres; la segunda es aquella en la que el yo se hace autopresente según la forma del “darse cuenta de sí”, que es propia de la conciencia; y, por último según una forma de índole práctico, cuando nuestro ser queda afirmado libremente por nuestra conducta, que requiere la con-formidad o con-veniencia de lo que libremente realizamos con lo que específicamente somos. Ese “darse cuenta” de la conciencia, asumir teóricamente lo que somos, tiene prioridad sobre la praxis, de forma que la conciencia viene a ser condición de posibilidad de los actos concretos, realizables, que engendran la virtud.

Por otra parte, el análisis de la experiencia del deber nos muestra que no vivimos el deber como algo justificado por la virtud, o por el hecho o necesidad de su ejercicio. La prioridad del deber respecto a la virtud tiene un sentido absoluto: “No cumplimos nuestros deberes para ser virtuosos o para ejercer las virtudes, sino que, a la inversa cabalmente, son nuestros deberes los que justifican, en orden a su cumplimiento, la necesidad (moral) de que poseamos las virtudes y de que las ejerzamos. Y también así puede entenderse que la adquisición de las virtudes sea un deber, porque esa adquisición está fundada, desde un punto de vista teleológico, en su carácter de medio para que los deberes sean captados de una manera práctica y para que sean cumplidos”<sup>17</sup>.

Aunque se reconozca la necesidad de las virtudes para el conocimiento y la práctica habituales de los deberes concretos, ello no impide, antes bien, presupone que esa misma necesidad instrumental tenga por fundamento la incondicional necesidad objetiva del deber y de los deberes concretos en cuanto tales. “Ni el deber en general ni cada uno de nuestros deberes concretos, sino el conocimiento y la práctica habituales de ellos, son lo que tiene como presupuesto a las virtudes, por no ser posibles sin éstas”<sup>18</sup>. Por lo que hay que afirmar que la prioridad de las virtudes no es absoluta, sino solamente relativa e instrumental, y no lo es para el deber *in genere*, ni para cada uno de los deberes concretos considerados en sí mismos, sino para el conocimiento y la práctica habitual de ellos.

17 A. MILLÁN-PUELLES, *Ibidem*, p. 546.

18 A. MILLÁN-PUELLES, *Ibidem*, p. 545.

La función propia de las virtudes morales se refiere primordialmente a la *génesis* del imperativo ético concreto en tanto que éste sigue a una elección que lo determina en su materia. Su estudio corresponde a la psicología en tanto en cuanto pertenece a ella la génesis de nuestros actos conscientes, pero también, el examen de la génesis del imperativo ético concreto es tarea que pertenece a una moral que quiere ser realista *sensu practico*, que no puede abstenerse de considerar cómo se engendra en el ánimo del hombre la *realización* —siempre mediada por un imperativo concreto— de los actos en los que damos cumplimiento a las normas de la moralidad.

Para obrar rectamente en sentido moral es preciso que la voluntad quiera el bien, esto es, que esté inclinada por él, y es aquí cuando la prudencia y las demás virtudes morales se complementan en orden a la práctica del bien. Es decir, que la prudencia alcanza de las otras virtudes el fin en que se funda y a cuyo servicio ella misma se pone. Pero a cambio de esto la prudencia confiere a las otras virtudes la posibilidad de conseguir rectamente el mismo fin, verificando ella, por su parte, la debida elección de los medios<sup>19</sup>.

Dos dificultades salen al paso de la consideración de las virtudes morales como hábitos. La primera se refiere al posible círculo vicioso que se explicó antes y para no repetir baste ahora señalar que las virtudes morales resultan imprescindibles para que sea habitual, y por ende, fácil y grato el conocimiento y la práctica de nuestros actos moralmente rectos, puesto que el sujeto carente de las virtudes corre el riesgo de dejarse llevar por sus pasiones, haciendo incluso traición a los mismos principios morales que teóricamente admite.

La otra dificultad que se puede plantear es la de que al ser hábitos, las virtudes morales bloqueen la libertad e incluso, la anulen. Lo cual no es posible porque no sólo tienen su génesis en actos libres moralmente rectos, sino que el libre albedrío es siempre necesario para cada uno de los actos que ellas hacen posible. Hacer algo con facilidad y deleite no es lo mismo que hacerlo sin libertad.

En conclusión, el término medio propio de la virtud, según la definición aristotélica, no es otra cosa que la efectiva adecuación —inexistente en los extremos viciosos— a las exigencias absolutas que nuestra naturaleza impone objetivamente mediante el uso de la razón práctica al comportamiento humano en cuanto humano. Y, el cometido propio de las virtudes morales en la determinación del contenido del imperativo prudencial consiste en sumi-

19 Cfr. *Sum. Theol.*, I-II, q.58, a.5 y A. MILLÁN-PUELLES, *La formación de la personalidad humana*, Rialp, Madrid, 1963, p. 84.



nistrar a los agentes morales una habitual inclinación a percibir y cumplir —moderando las respectivas predisposiciones de cada uno— los mandatos y las prohibiciones en que se aplican de una manera concreta las normas universales de la ley natural. Por lo que también nos cabe concluir que las virtudes morales tienen una importancia decisiva, no absoluta, en la concreción de los imperativos éticos prudenciales, que hacen recta nuestra conducta en su más humana dimensión<sup>20</sup>.

---

20 Cfr. A. MILLÁN-PUELLES, *Ibidem*, p. 557.